

● Rescatan uno de los libros en los que Gaziél reunió sus crónicas de la Gran Guerra, parte de una serie que hizo época en la historia del periodismo español

# La agonía de Serbia

## DE PARÍS A MONASTIR

**Gaziél.** Prólogo de Jordi Amat. Asteroide. Barcelona, 2014. 336 páginas. 17,95 euros

### Ignacio F. Garmendia

Hace unos años Xavier Pericay, periodista él mismo y conocedor como pocos del contexto de la prensa española en el primer tercio del siglo XX, publicó un ensayo imprescindible—*Josep Pla y el viejo periodismo* (Destino)— que lo era no sólo para los admiradores del prosista catalán, dado que el preciso retrato que trazaba del por entonces joven corresponsal de *La Publicidad* y otros diarios, se extendía en parte a una generación de excelentes cronistas entre los que destacaban —a principios de los años 20— Julio Camba, Corpus Barga, Eugeni Xammar o Julio Álvarez del Vayo, que junto a Pla y a su paisano el también ampurdanés Agustí Calvet, llamado “Gaziél”, protagonizaron la edad denominada por Pericay del *viejo periodismo*, reivindicado en nuestros días —“hechos reales y vividos”, no florituras— por autores como Arcadi Espada. Algo antes, el propio Pericay había recopilado para la misma editorial un espléndido volumen donde reunía *Cuatro historias de la República* firmadas por Pla, Camba, Chaves Nogales y de nuevo Gaziél, que quedaba de este modo hermanado a tres de los grandes reporteros o analistas de la época anterior a la Guerra Civil.

Antes de codirigir o dirigir *La Vanguardia* entre 1920 y 1936, Gaziél ejerció como afamado corresponsal durante la Gran Guerra. Aunque había escrito algún artículo, nada hacía sospechar que fuera a dedicarse al periodismo. La movilización del verano de 1914 le

sorprendió en París, donde ampliaba estudios de Filosofía, y tras su regreso, unos meses después, a Barcelona, empezó a publicar por entregas las notas que había tomado en su dietario. El éxito le animó a seguir y ya nunca lo dejaría, aunque como bien sugiere Andrés Tapiello, Gaziél —del mismo modo que Pla, Camba o Chaves Nogales— no fue sólo un buen periodista. Esas crónicas inaugurales fueron recogidas en el primero de los libros que dedicó a la contienda, *Diario de un estudiante. París 1914* (1915), recientemente reeditado por Diéresis con prólogo de Enric Juliana. A finales del mismo año, Gaziél fue enviado como corresponsal a Francia y de ese modo nacieron tanto las siguientes crónicas



publicadas en *La Vanguardia* como los libros de la editorial Estudio que las reunían de inmediato, dada la popularidad que logró el reportero y su creciente prestigio nacional. También en Diéresis hay disponible una antología —*En las trincheras*, prologada por Manuel Llanas, biógrafo de Gaziél— que recopila decenas de crónicas en las que el autor narra sus visitas a los campos de la batalla del Marne o al infierno de Verdún, además de algunas etapas de su viaje al frente oriental de los Balcanes.

Ese viaje, entre octubre y noviembre de 1915, es el que podemos seguir ahora en la edición de Asteroide, que recupera la serie completa de las crónicas incluidas en *De París a Monastir* (1917). El propio Gaziél explica en su introducción el contexto “de confusión, de luchas políticas, de pasiones desbordadas y de sacrificios san-



Agustí Calvet i Pascual (1887-1964), más conocido por el seudónimo de ‘Gaziél’.

grientos” que confluían en la explosiva región balcánica a finales del segundo año de la guerra. En septiembre Bulgaria había pactado con los Imperios Centrales, de modo que Serbia sufría una invasión en toda regla a la que se sumaron las tropas alemanas y austrohúngaras. Francia y Gran Bretaña

reaccionaron enviando una expedición que desembarcó en el puerto griego de Salónica, lo que provocó un enfrentamiento entre el rey Constantino y su primer ministro Venizelos. En plena crisis, Gaziél partió en barco a la zona para informar sobre el terreno, pero sus crónicas —como apunta Jordi

Amat, prologuista de la edición— se centraron menos en las campañas militares que en la experiencia del viaje, si bien sus impresiones aparecen complementadas por datos históricos o políticos y enmarcadas en un discurso de protesta por lo que un artículo anónimo de *La Vanguardia* —redactado por Gaziél, a juicio de Amat— llamaba “La agonía de Serbia”. No deja de ser curioso que años después Chaves empleara la misma palabra, *agonía*, para titular su célebre serie sobre la Ocupación de Francia durante la Segunda Guerra Mundial, aunque la irresponsable defeción de los franceses tuvo muy poco que ver con el sacrificio de los serbios.

Génova, Milán, Nápoles, Patrás, Atenas, Salónica y Monastir —la actual Bitola, hoy integrada en la República de Macedonia— son las etapas de un viaje que muestra las cualidades de la prosa periodística de Gaziél —intensidad dramática, procedimientos narrativos, lenguaje directo, detalles reveladores— y su talento humanista en los dos sentidos de la expresión, el que se refiere a su excelente formación intelectual y el que apunta a su temperamento compasivo o cervantino, como lo califica Amat, es-

Antes de codirigir o dirigir ‘La Vanguardia’ hasta el 36, ejerció en París como afamado corresponsal

pecialmente visible cuando su camino se cruza con el de los miserables refugiados de la triple ofensiva, abandonados a su suerte por las naciones aliadas. No vemos en estas páginas ni el afán exhibicionista ni la fastidiosa retórica ni el desalmado objetivismo de los corresponsales estrella. Contaba Pericay cómo era el propio Gaziél quien hablaba, a propósito de la mayor o menor calidad de las crónicas, de la “prueba del libro” como máximo indicador de su valía. Los suyos de juventud la pasaron entonces, en la segunda década del siglo, y siguen pasándola hoy, casi cien años después de escritos. Viejo buen periodismo, en definitiva, del que no caduca nunca.

## LA RIDÍCULA IDEA DE NO VOLVER A VERTE

**Rosa Montero.** Seix Barral. Barcelona, 2013. 240 páginas. 18 euros (Ebook: 10,99)

### Manuel Ruesga

“Como no he tenido hijos, lo más importante que me ha sucedido en la vida son mis muertos”. El último libro de Rosa Montero arranca con esta desgarradora frase que hace referencia a la muerte de Pablo Lezcano, su pareja durante 21 años, para continuar con un recorrido que lleva hacia todos lados. *La ridícula idea de no volver a verte* es una obra que se abre pensando encontrar amargura tras

# Dolor para celebrar la vida

esa primera oración, y que se sumerge en una reflexión entre el duelo y la vida.

Ni biografía, ni novela, ni ensayo. Aunque con todo eso nos vamos encontrando en un libro que se centra en el dolor ante la muerte para celebrar la vida, y donde la escritora narra detalles autobiográficos, fragmentos de la vida de Marie Curie y reflexiones sobre la pérdida y la intimidad, e introduce secretos íntimos: confesiones, recuerdos, y fotografías históricas y personales.

El libro surgió de una forma poco convencional, tras la petición de que elaborase un prólogo para acompañar el diario que la científica Marie Curie escribió durante el año posterior a la muerte de su marido, Pierre. Montero se dio cuenta que el paralelismo circunstancial entre ambas era evidente, y a ello se sumó la admi-



ración hacia la científica que logró aislar el polonio y el radio: “Cuando leí su diario fue como encontrar un espejo de aumento sobre mis reflexiones”.

La premio Nobel se trastornó con la muerte de su marido, atropellado por un carruaje en París: “Quiero decirte que ya no me gustan ni el sol ni las flores, verlos me hace sufrir, me siento mejor con un tiempo sombrío como el del día de tu muerte”, escribe el 14 de mayo de 1906. La investigadora guardó durante dos meses en su arma-

rio ropa con restos de sesos de Pierre, pero incluso entre la oscuridad del duelo hay espacio para la luz: “El duelo no es un túnel cerrado, la vida es tan maravillosa que incluso en estos momentos cualquier cosa te esponja el corazón y puede hacer feliz a ratos”.

Ante su duelo, la escritora hizo algo muy distinto a la científica, lo que creía que tenía que hacer: se mudó de casa, se deshizo de su ropa y tapizó el sillón favorito de Lezcano. Luego se arrepintió: “En esos momentos tratas de responder más a las exigencias de los demás que a las propias. Hay que saber cómo colocar el dolor y cómo reinventarse porque ya no volverás a ser la misma”.